

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Madrid*, por D. A. F. Grilo.—*Las Cuatro Majestades*, por D.^a Angela Grassi.—*El Ciprés y la Sensitiva* (Fábula), por D.^a Carmen de Espejo y Valverde.—*La Décima Musa* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva.—*Un Secreto* (poesía), por D. F. Calvo y Teruel.—*Variedades*, por D. J. S. B.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 828.—*Grabado de Modas*, núm. 1.

REVISTA DE MADRID.



ON el mayor entusiasmo se ha recibido en todas partes la noticia de la apertura del ferro-carril entre Madrid y Córdoba.

Multitud de corresponsales se han apresurado á comunicar á la mayor parte de los periódicos de la corte el regocijo de todos esos pueblos, que han recibido con ardorosas demostraciones de júbilo, y de frenética alegría la primera columna de vapor que les ha dejado al pasar la magnífica locomotora.

Los pueblos despiertan, se rejuvenecen, sacuden el sueño de la inercia que los paraliza y los ahoga, adquieren una nueva vida ante el grito salvaje de esa máquina silbadora que serpentea por los caminos, que se pierde en los valles, que salva los montes, que vuela sobre el abismo, que tiene las alas de un huracan y el hervidero ronco de las olas de los mares.

¡Andalucía y Madrid! No hay montañas, no hay precipicios, no hay muros que puedan oponerse á la estrepitosa marcha del vapor. Andalucía y la corte de España han avanzado rápidamente en busca la una de la otra, y las dos acaban de abrazarse en esa senda de hierro que las enlaza.

Hace ya mucho tiempo que venia hablándose de la apertura mas ó menos cercana de esa importante linea, que habia de trasportarnos en un día á las azules aguas de Cádiz.

Se prometió, se aseguró, nos hicieron concebir risueñas esperanzas á todos los que anhelábamos saludar, en alas de la locomotora, aquella tierra feliz,

llamada de *Maria Santísima*, por los que han tenido la suerte de visitarla una sola vez. Todos nuestros deseos, todos nuestros propósitos, se estrellaaban, sin embargo, ó bien ante la inesperada inundacion que arrastraba un puente, ó el terreno movedizo que inclinaba un rails, ó la boca de una sima, que salia al encuentro del camino como una tumba inmensa.

A pesar de todo, ha llegado un dia en que el sueño se ha realizado, que las palabras están cumplidas, que la obra está hecha; que Andalucía está en Madrid, y Madrid forma parte de Andalucía.

La impaciencia que á todos nos abrasaba por la pronta inauguracion de este camino, era una impaciencia natural.

Andalucía ha sido, es, y será siempre, ante la corte de España, la region simpática por excelencia.

La mayor parte de las opulentas damas que mas brillan en nuestros salones del gran mundo han nacido allí, han nacido entre aquellas flores, han visto deslizarse tranquilamente su niñez en las pintorescas orillas del Guadalquivir. El diploma de *Andaluzas* lo estiman tanto ó mas que los títulos brillantes que les conceden los honores de su elevada posicion.

Muchos de esos cantos populares que suelen escucharse en Madrid en las horas mas avanzadas de la noche nos cautivan siempre; nos arrebatan, sin saber por qué, y todos ellos vienen de allí, son suspiros de aquellas mujeres, son ecos de aquellos alcázares, son brisas de aquellos jardines, son can-

tares andaluces, que donde quiera que se oyen, embelesan y entristecen, hacen reír y llorar, dejan siempre en el alma lágrimas de amores, recuerdos de un tiempo que pasó, deseo de amar y de sentir, necesidad de recoger en la imaginación aquellas notas trémulas, vagas, tristes, suaves y misteriosas, como el ruido del agua al caer gota á gota sobre la copa alabastrina de una fuente de mármol.

Córdoba, con sus mujeres, con sus campos, con sus huertos y con sus naranjales; Sevilla, con su Giralda, con su Torre del Oro, con su río, con sus alcázares y con su cielo; Cádiz, con su bruma de nieve, con la armonía de las olas que la rodean como un cinturón de espumas, con sus blancas azoteas, y con aquel cielo siempre azul, que se mira en el mar; ¡Málaga, con su playa; aquella playa donde se bañan en sal las mujeres, en sal los cantares, en sal y en hermosura todo cuanto viene de allí!

¿Quién no deseaba estar cerca de vosotras, alegres capitales andaluzas?—¿Quién no deseaba ver

unida á la corte de España con vuestros ríos, con vuestras flores, con vuestro clima y con vuestros vergeles?

El Manzanares os envía sus murmullos. Devolvednos vosotras un suspiro del Guadalquivir, ó algunos rumores de vuestros mares.

El vapor os ha traído hasta nosotros, y hasta vosotras nos ha conducido el vapor, que tiene alas ligeras como el rayo.

El camino era difícil; pero después de la voluntad de Dios, todo lo vence la mano del hombre.

Hace algunos años se inauguró la obra, colocando sobre un monte la *primera piedra*; abriendo la *primera raya*; removiendo la tierra endurecida, hiriendo por *primera vez* el suelo.

Hoy se halla todo concluido. Lo que estaba lejos está cerca. Madrid está en Andalucía, y Andalucía se encuentra en Madrid.

A. F. GILLO.

INSTRUCCION.

CARTAS SOBRE LA EDUCACION.

LAS CUATRO MAJESTADES.

II.

Al convencerse de su nueva desventura, Alisia, agobiada por el dolor, cayó sin sentidos en el suelo.

Cuando valió en sí, era otra vez de noche, y á la luz de las estrellas, vió á su pájaro querido que escarbaba la tierra con el pico, abriendo una ancha fosa.

Pero, ¡cosa extraña! á medida que concentraba en él la atención, le parecía que el pájaro iba creciendo, creciendo, creciendo, hasta convertirse en un gallardo mancebo, sin dejar por esto su ropaje de vistosas plumas.

Después que aquel fantástico sepulturero hubo depositado en la fosa el cuerpo de Nereo, cubriéndolo de blanda tierra, se acercó á la niña.

Su rostro estaba coronado de luz, su voz tenía las armonías del cielo.

—Yo soy Odin, la dijo, yo soy el alma de Odin, á cuyo lecho de muerte velaste tan afanosa, de cuya triste familia fuiste el amparo y la esperanza! ¡Los beneficios no quedan jamás sin recompensa. Tú velabas por mi madre en la tierra; yo velaba por tí en el cielo!... Ven, Alisia, ven...

Voy á llevarte á un lugar, desde el cual, si aciertas á resolver el enigma que te propongan, irás á habitar conmigo á una nueva patria, en donde no se conoce el llanto!...

Para llegar á esa patria se necesitan dos cosas: amor y fé. Tú tienes el amor... ¡Sigue mis pasos, ven!...

Y tomándola de la mano, la condujo á una cueva, en donde tenía principio un camino subterráneo y tenebroso.

Anduvieron mucho, mucho tiempo entre la oscuridad, oyendo el silbido de las ponzoñosas serpientes, y el aleteo de las aves de rapiña.

Cuando salieron de aquel antro, se hallaron de improviso en un vergel muy ameno, en donde la naturaleza desplegaba todos sus encantos.

Árboles frondosos, flores delicadas, pájaros brillantes y fuentejillas de plata, mezclaban su espléndida hermosura, con la hermosura de un cielo azul, cubierto con cambiantes de oro y grana.

En los cuatro ángulos de aquel vergel mágico, se veían cuatro personajes, adornados de extraños y distintos atributos.

El primero, era una altiva matrona, sentada sobre un carro, tirado por leones. En una mano tenía un disco, y en la otra una llave. En vez de corona llevaba una torre en la cabeza, y el ropaje verde que cubría sus miembros, estaba sembrado de flores.

El segundo, era un hermoso mancebo, coronado de rayos, y cuya barba tenía el color del oro.

Estaba también montado sobre un carro, tirado por cuatro caballos fogosos, en actitud de recorrer los signos del Zodiaco.

Era el tercero un viejo sentado sobre las ondas procelosas del mar, tan tranquilamente, como si hubiese sido sobre un montecillo cubierto de flores.

En una mano ostentaba un asta, y en la otra una urna, de la cual salían incesantemente raudales de agua.

Un espantoso monstruo marino dormitaba junto á él.

En derredor de estos tres personajes, reinaba una calma absoluta; pero no sucedía lo mismo respecto al cuarto, que era un hombre de edad viril, severo y majestuoso. Éste llevaba en una mano el cetro, y en la otra un manojo de cadenas. Las cadenas iban á parar á un antro profundo situado á sus piés, por cuya anchurosa abertura asomaban sus cabezas, cubiertas de cabellos blancos, negros y rubios, hasta treinta y dos extraños personajes.

Los que se hallaban en primer término, que eran cuatro, parecían robustos y vigorosos, los que venían detrás estaban mas delgados, yendo así en progresión descendente, hasta que los últimos solo mostraban un perfil escuálido y miserable.

Pero era tal su inquietud y turbulencia; eran tan violentos los esfuerzos que hacían para escaparse de su prisión, y tan confusa y discordante la algazara que movían con sus ayes, quejas y bramidos, que aquel que los tenía sujetos, se veía precisado incesantemente á levantar el cetro para imponerles silencio, y á remachar los eslabones de sus cadenas, temiendo que se escaparan.]

Creció la infernal batahola cuando vieron aparecer á los recién venidos, y olvidando toda ley de cortesía aquellos groseros personajes, empezaron á agitarse con tal furia, y á silbar con voz tan ronca, que la pobre Alisia retrocedió asustada.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

EL CIPRÉS Y LA SENSITIVA.

Fábula.

En medio de una selva,
Severo cual la ley,
Como el orgullo erguido
Alzábase un Ciprés.

Las flores con disgusto
Crecían á su pié,
Porque les parecía
Mucha su rigidez.

¡Que altanero! exclamaban,
Despreciémoslo pues,
Ya que pretende darse
La importancia de un rey.

Sin embargo, era el árbol
Hospitalario, en él
Los pájaros sus nidos
Colgaban con placer.

Vino la primavera,
Y el árbol muy cortés,
Pidió galana esposa
Al pintado vergel.

Pero todas las flores
Con esquivo desden,
Á su demanda dieron
Una respuesta cruel.

Tocó á la Sensitiva
De escucharle la vez,
Y entre grave y risueña
Aceptó su querer.

Envidiada muy pronto
La humilde planta fué,
Que jamás sus vecinas
Gozaron mayor bien.

Y entonces aprendieron
Con ese ejemplo fiel,
Que no se debe caso
Del exterior hacer.

A nadie por su figura
Sin conocerlo bastante
Juzgues de manera dura,
Porque tras la piedra oscura
Suele haber claro diamante.

CÁRMEN DE ESPEJO Y VALVERDE.

LA DÉCIMA MUSA.

(CONTINUACION.)

Era un martes, ¡bien me acuerdo! Al volver de la villa, ví parado á la puerta el coche de la Marquesa, y el corazón me dió un vuelco; brincaba dentro del pecho de modo que parecía querer subirse á la garganta. ¡Elena está de vuelta! dije para mí, y al decirlo salté del asiento y apreté á correr como un loco, derribando cuanto se me ponía por delante subí los escalones de tres en tres, y llegué al cuarto de Mad. Vaillant envuelto en sudor y cubierto de polvo. ¡Dios mío! ¿Cómo decirlo lo que pasó por mí al ver á Elena? ¡No hay voces para explicarlo! Era la misma, ¡pero qué alta! ¡qué arrogante! ¡qué aire de señora! Me quedé como quien vé visiones, pálido, confuso, deslumbrado y muerto de vergüenza. Me ví allí con mis zapatos claveteados, con mi blusa empolvada, con mis calzones de paño burdo, con mi cutis moreno y tostado, mis

manos callosas, y dando vueltas y mas vueltas al látigo sin acertar á decir esta boca es mía. Mientras ella, vestida como una gran señora, mas blanca que la luna, mas hermosa que el sol, mas risueña que la luz del alba, á todos saludaba con un despejo y un señorío que era lo que tenia que ver.

Cuando me llegó el turno, comprendí lo mal que debía parecerla mi aire de palurdo y hubiera querido meterme debajo de la tierra.—Y bien, me dijo sonriendo, ¿qué tal os va, mi buen Silvano? ¿Qué es eso, no me dais un abrazo?

¡Ya no me tuteaba! Si en vez del látigo hubiera tenido entre las manos un puñal me le hubiera clavado en el corazón; ¿pero que mas puñal que sus palabras? Clavadas las tengo en él. Quedéme, señor, hecho una pieza, y casi no me atreví á rozar con mis labios su mejilla, mas aterciopelada y fresca que los melocotones.

—Y bien, mi pobre Silvano, volvió á decir Elena, siempre con la risa en los labios, ¿qué tal se porta la Corcilla? ¿Os hace rabiar mucho? ¡Ella si que me hacia rabiar con su tonillo de superioridad! ¡Yo estaba mas muerto que vivo, y debí parecerla un idiota!

En ocho dias no me fué posible hablar un momento á solas con la señorita Elena. Una noche por fin la encontré sentada en el mismo banco donde me habia jurado eterno amor; quise recordarla su juramento, mas no sin hacerla ver primero que no era ya tan ignorante como tal vez se figuraba, y para eso comencé por hablarla de lo que habia leído durante su ausencia, porque sabia lo mucho que la gustaba esta clase de conversaciones: habléla de los cuatro hijos de Aimon, y pregunté laqué opinaba del mágico Mangis. Ella se rió en mis barbas de la pregunta, como si hubiera dicho alguna simpleza... Entonces quise hablarla de *Celina ó la Hija del misterio*. ¡Hay en esa novela, dije, un Mr. Tragelin bien infame!

Elena volvió á reirse con mas fuerza, yo estaba consternado; por último, me acordé afortunadamente del único libro que me habia parecido inteligible; nombré á *Pablo y Virginia*, y entonces, en vez de reirse, tornóse grave, y hasta se puso colorada; sin duda comprendió que al recordar el puro amor de aquellos niños, la recordaba el nuestro; estaba como en brasas, y á lo mejor de una frase me cortó la palabra; ¿para qué direis? Para preguntarme si la Corcilla conservaba un lunarcillo blanco que tenia entre los ojos... ¡Ganas me dieron de retorcerla el pescuezo!—Señorita, la dije, conteniendo el enojo, ¿quereis que os recite unos versos que compuse mientras estabais en el colegio?

—¡Unos versos! repitió arqueando las cejas como si hubiera oído la cosa mas estraña del mundo. ¿Haceis versos? ¡Pues deben ser curiosos! Vamos á ver.

No habia concluido la primera copla, y ya no podia tenerse de risa, ¡y eso que las coplas eran tristes! Esto me quitó la gana de recitar la segunda; dejéla reir á sus anchas; yo mas ganas tenia de llorar, y si no lo hice fué por vergüenza.

Despues que se rió cuanto quiso, exclamó:—Ya que sois aficionado á la poesía, voy á mi vez á recitaros unos versos míos. Oid; y oí señor unas cosas que me dejaron patitieso sin saber lo que me pasaba.

Cuando volví de mi pasmo, Elena se habia escurrido bonitamente, dejándome solo y desconsolado; estaba furioso contra ella y contra mí; escondíme para que nadie oyera mis sollozos, grité, me dí de puñetazos en la frente y en el pecho, me arrastré por encima de la yerba como un reptil. Maria vino á buscarme, tendióme la mano, y yo la rechacé sin dar oídos á los consuelos que me prodigaba: ¡estaba loco! Desde aquel punto mi razon no está en su caja; sufro lo que no es decible, y en vano me digo:—Silvano, esa mujer no te quiere, tú no debes amarla; cuanto mas lo digo mas la quiero; me paso las noches rondando su ventana, cerrada siempre; los dias dejando á la Corza que me lleve por donde quiera; por eso vuelco á cada paso en lo mejor del camino; esto es insufrible, señor, y os lo repito, habeis hecho mal en impedir que la muerte ponga un término á mis males.

Hícele algunas reflexiones, que por sabidas escuso repetir, y él me dijo:—No estais en todo, señor, la Marquesa se ha ido al otro mundo sin hacer testamento, por consiguiente, sin dejar asegurado el porvenir de su protegida. ¿Qué se hará esa pobre criatura, educada para señora y nacida para vivir en un pueblo de cuatro casas? Es claro que una señorita no sirve para gobernar una taberna, ¡y eso viene á ser la casa de sus padres! que hablan ya de llevarla á París: Mr. Zephirin sostiene que allí la esperan la gloria y la fortuna. Segun parece, la señorita Elena es nada menos que una Musa! El maestro de baile asegura que es la décima, por esa cuenta lleva por delante otras nueve. Todas las noches hay reunion en el cuarto de Mad. Vaillant, y mientras Maria y yo servimos á los parroquianos, Elena recita versos, que aplauden á rabiar los tertulianos. Todo se vuelve oír bravos y palmadas. Por muy poco que os detengais en San Gabriel, os será fácil asistir á una de esas reuniones; la curiosidad atrae á muchos forasteros, y Mad. Vaillant os agradecerá que le pidais que os deje oír y admirar á la Musa.

—¡Una Musa en este pais! ¡Una Musa! repetia yo mas admirado que Robinson Crusoe al descubrir huellas humanas en la isla desierta.

—Sí, señor, una Musa, la décima, segun dice Mr. Zephirin, que otras veces la llama Safo, Corina. ¡Qué sé yo! A mí me parece que todos esos nombres no la pegan. Elena es mas bonito, ¿verdad?

—¡Una Musa!... volví yo á decir. ¿Estais bien seguro?

—¿Cómo que si estoy bien seguro? ¡Tan seguro como de mi desgracia! Una Musa, sí señor, la décima, en fin. Tiene una lira... Yo no he logrado nunca verla, pero ella la nombra mucho... Tiene además un plectro, una trípode... ¿Dónde ocultará esas cosas? Yo no lo sé. Maria tampoco lo sabe. Dias pasados la dije: señorita Elena, me quereis enseñar vuestra lira, vuestro plectro y vuestra trípode? Y ella frunció las cejas, y me volvió la espalda, llamándome borrico!

Yo no pude menos de soltar el trapo á reir; afortunadamente hallé un pretesto á qué atribuir mi descompasada risa, echando la culpa de mi desatencion á la Corza, que corria que volaba en cuanto llegó á ver el campanario del pueblo.

—¡Qué tal, como aprieta el paso! ¿eh? decia yo; diríase que al oiros nombrar el borrico, le ha venido á la memoria el pesebre.

CORREO DE LA MODA.



MADRID.

Calle de Lore de Vega, núm. 10.
Ayuntamiento de Madrid

Núm. 1.

—Es que ya le huele, dijo el pobre Silvano. Pronto vais á convencerlos de la verdad de mis palabras.

En efecto, á los pocos minutos llegamos al pueblo, y nos detuvimos ante la posada del Cisne.

Era un vasto edificio, con ventanas á la calle y al jardín que le rodeaba. La muestra representaba un Cisne pintado sobre un fondo azul, que remedaba el agua. Entré de rondón en la pieza baja, que ya estaba iluminada por la luz de una lámpara ó quinqué de cuatro mecheros; alrededor habia tres ó cuatro mesas cargadas de vasos y botellas de vidrio, en torno de las cuales bebían ó jugaban á los naipes algunos zafios lugareños; tres ó cuatro sillas de cebollas pendían del techo á manera de arañas ó globos de cristal; las paredes, blancas en otro tiempo, veíanse adornadas ahora con grabados que representaban las escenas del Judío Errante, las Cuatro Estaciones y las Cuatro partes del Mundo, y por supuesto no faltaba el retrato de Napoleon, con su sombrero de picos, puesto al revés de como lo llevan ahora nuestros generales, y cruzado de brazos, postura favorita del hombre que mas hizo y mas dió que hacer en su vida; y luego vaya usted á fiar en apariencias!

Un enjambre de moscas zumbaba revoloteando pesadamente, y sin duda les pareció mi rostro digno de sus halagos, porque todas vinieron á besarle zumbando en mis oídos, y ¡pardiez, que si eran lisonjas, no me agradaron!

Media docena de gatos esperezábanse junto al hogar, cuya lumbre despedía un tufillo y un humo insoportables.

Yo me pregunté al ver y sentir aquello, ¿será posible que á la sombra de tan ahumadas techumbres se haya desarrollado la poética flor de que me han hecho tantos elogios?

¿Será posible que algunos escalones mas arriba esté la bella inspirada, presidiendo al círculo de sus admiradores, lo mismo que se vé sobre algunos lienzos antiguos á los réprobos retorcerse y penar en el fondo del abismo, en tanto que los querubines, flotando en el azul espacio, cantan las alabanzas de Dios, acompañándose con arpas de oro?

Mientras me dirigia estas preguntas ví descender por la escalera, que del centro subía derecha al santuario, una muchachita risueña, vivaracha, y tan linda como graciosa, con un par de ojos que parecían dos luceros, y una boca mas fresca y encarnada que los alelís. Vestía con tanta sencillez como gracia y pulcritud, y como la saya era corta, permitía ver sus piecitos muy bien calzados, y admirar lo bien torneado de su pantorrilla. Silvano me guiñó el ojo, y me dijo por lo bajo: —« Esa es María.»

Saludéla, y contestóme con agrado, diciendo: ¿Teneis algo que mandar, caballero? Pedí la cena, y mientras la disponía y preparaba la mesa, yo la miraba y decia entre mí: ¡Vaya una chica dispuesta! Sus movimientos eran graciosos y ágiles como los de una gacela, sus miradas dulces y halagüeñas, sus manos, para ser las de una posadera, no eran demasiado coloradas.

La dije que pensaba detenerme algunos dias en San Gabriel, y prometióme aderezar para mí el mejor cuarto de la posada. Para no engañaros, añadió sonriendo, el cuarto mejor es bastante malo. Aquí rara vez se detienen los pa-

sajeros; este pueblo no es gran cosa, pero sus alrededores son dignos de verse.

—Ya lo sé. hija mía; yo he nacido como vos, en este pais.

—¿En San Gabriel? me preguntó admirada y examinándome con atencion.

—En San Gabriel no, pero á tan poca distancia, que si arrojaís una flor al rio desde esa ventana, hoy mismo pasaría por debajo de la mia.

—¡Ved qué cosa tan cómoda para dos amantes! saltó diciendo en tono festivo.

Aquí llegábamos de nuestra conversacion, cuando vimos entreabirse la puerta y asomar las narices de un hombre muy largo y muy enjuto, que se plantó de dos piruetas en medio de la pieza; me saludó haciendo una reverencia de *minuet*, cogió á María un pellizquito en la barba, ella le amenazó como si fuera á darle un bofetón, y él no aguardó á recibirle, sino que se puso en fuga con la lijereza de un gato montés que se vé perseguido por una mastina irridada.

—Es Mr. Zephirin, me dijo María sencillamente, y como si aquel nombre fuera conocido en toda Europa.

—¿Quién es Mr. Zephirin? preguntéla yo por hacerla charlar, y ver de paso unos dientes que parecían perlas.

—Un tonto, me respondió encogiéndose de hombros y haciendo una mueca deliciosa.

—Juraría que su parecer no es como el vuestro. ¿A qué no piensa de sí mismo eso que decís?

—¿Y cómo lo ha de pensar, si todos le tienen aquí por un oráculo? Si me creyeran, cuando se nos entra en casa por una puerta, le harían que saliese por la otra. ¡Ay, señor! Bien dicen que un loco hace ciento. Ese hombre, con sus tonterías ha entontecido á otros que tenían despejo natural.

Quise sonsacarla, pero la cena estaba servida, y la muchacha se retiró, diciéndome: hasta luego.

A los postres, ví aparecer á una especie de Casandro, que no podía ser otro que Mr. Vaillant, y en efecto, era él, gordo, fresco y coloradote.

Después de los cumplidos de ordenanza y de las impresionables frases acerca del tiempo, preludio forzoso de toda conversacion entre gentes que no saben qué decirse, rogúele que tomase asiento y me ayudase á vaciar la botella.

Aceptó el convite, brindó á mi salud, y después me dijo:

—¿Venís de la villa y corte de París, caballero?

—¡Sí señor, de allí vengo!

—París es la primera poblacion del mundo, la patria de las artes y las letras. ¿Sois acaso comisionista, viajero?

—No, señor.

—¿Artista quizá?

—Tampoco.

—¿Entonces viajais solo por aficion?

—Lo habeis acertado.

—Pues San Gabriel nada tiene que pueda merecer vuestra atencion.

—Estais calumniando á vuestra propia casa, le dije yo muy grave.

—Mi casa no es mas que un pobre meson de aldea, un palomar...

—Donde anidan los ruiseñores, donde se oculta un tesoro inapreciable...

—¡Qué! ¿Sabeis acaso?...
—Lo que sabe todo el mundo en veinte leguas á la redonda. Sois un padre muy afortunado, Mr. Vaillant...

—¡Ah! ¡Señor!

—El padre de una Musa, de una Safo moderna, de una Corina francesa, de un Génio!

—Eso es lo que todos los días me repite Mr. Zephirin.

—Y eso mismo repiten las cien trompetas de la fama; por esa razón no he querido marcharme sin venir á saludar el techo que abriga una de nuestras glorias contemporáneas; día vendrá en que hagan igual peregrinación todos cuantos en Francia y en el extranjero rindan culto á las Musas.

Abreviando, diré que á fuerza de mentir y manejar el bombo, logré que se me franqueáran las puertas del santuario donde quería penetrar.

—Esta noche tenemos sesión literaria, dijo el posadero engallándose: varios amigos y aficionados desean oír la lectura de unos versos que ha compuesto Elena, y si gustais de que os presente á mi señora...

—¿Qué si gusto? ¡Ya lo creo! Esa invitación satisface los deseos que me han traído á este pueblo.

—Tendremos á Mr. Zephirin, dijo el mesonero arqueando las cejas; al boticario, al maestro herrador, y al sargento de gendarmes.

—Y yo tendré á mucha honra el ser admitido en una reunión tan escogida.

—¡La honra será de todos! repuso el buen hombre inclinando la cabeza con cierto airecillo de protección.

A las ocho vino á buscarme. Silvano y yo habíamos hecho nuestra toilette, y yo tras el posadero, y el mayoral

tras de mí, subimos los peldaños de la escalera, como si dijéramos, las gradas del templo de Apolo.

—Os advierto que la Musa reclama vuestra indulgencia, me dijo el introductor antes de abrir la puerta.

El cuarto de madama la mesonera parecióme recién blanqueado y bastante desprovisto de muebles; en el centro había una mesa redonda y sembrada de libros y legajos, tintero, plumas, etc., etc., junto á la cual permanecía de pie una jóven asaz linda, que de fijo era la Musa, porque sus ojos, ó mejor dicho sus miradas, parecían buscar en el aire alguna cosa, que á mi ver sería algun consonante.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

UN SECRETO.

Si tu rostro acarician voladoras
Errantes auras al morir la tarde,
Deja que besen en su ráudo giro
Tu angélico y bellissimo semblante.
Ellas arrastran las sentidas quejas
De un corazón que por el tuyo late;
Y ya que el labio descubrir no debe
Arcanos tristes de callado amante,
Fugaces brisas mensageras sean
Del que en la tumba de tu olvido yace,
Y amarga con su llanto el claro río
Que á perderse también corre á los mares.

F. CALVO Y TERUEL.

VARIEDADES.

José Haydn, célebre compositor de música, nació en la Baja Austria en 1783. Su padre era carretero, y de tan escasa fortuna, que no pudo dar á su hijo una educación á propósito para seguir una profesión liberal, ni procurarle instrucción alguna en el arte hácia el que manifestó desde muy temprano una decidida predilección. Había aprendido á tocar en un arpa de su padre los tonos sencillos, que aun cuando sin el menor conocimiento de la música, acostumbraba á tocar éste, y llegó á manejar con alguna facilidad diferentes instrumentos bajo la dirección de un maestro de escuela, pariente suyo. Poco después fué llamado á Viena para cantar en el coro de la Capilla imperial.

Renter, que era el maestro de capilla de la Catedral, comprendió desde luego su mérito y adivinó su fama. A la edad en que su voz comenzó á cambiar, Haydn fué despedido del coro, y durante una larga serie de años sufrió todos los rigores de la mas adversa fortuna, encontrando dificultad hasta para obtener un escaso alimento. Habitaba un sexto piso, su cuarto carecía de puerta y de ventana; tenía que poner el pan entre las ropas de la cama para que no se

helase, y el agua que tomaba de una fuente próxima para lavarse por la mañana, se cambiaba con frecuencia en hielo antes que pudiera llegar á las elevadas regiones que le servían de morada.

Haydn daba lecciones y tomaba parte en las orquestas, pero su miseria le tenía alejado de la sociedad; un viejo y carcomido clavicordio era el único compañero de su desgracia. Consolándose con él en sus infortunios, continuaba componiendo con el mayor ánimo, y su ardoroso génio le impidió caer en la estúpida desesperación. Por último, tuvo la buena fortuna de admitir como pupila á la señorita Mortini, amiga de Metastasio, y cuando ésta puso su casa, vivió gratuitamente en ella por espacio de tres años; después pasó á vivir á los arrabales.

Por este tiempo había obtenido el cargo de director del coro de los *Hermanos de la caridad* en Leopoldstadt, con el sueldo de sesenta florines anuales. Todos los domingos y días festivos tenía que estar en la iglesia de esta comunidad á las ocho de la mañana, á las diez tocaba el órgano en la Capilla del conde Hangutz, y á las once cantaba en el

coro de la catedral de San Estéban. Pocos hubieran salido airosos de tantas dificultades. Pasó á Inglaterra en 1791, y volvió á Alemania en 1796. Durante su residencia en aquel país compuso muchas piezas y obtuvo la admiracion que con tanta justicia merecia.

Haydn no estuvo nunca en Italia; si hubiera tenido esta fortuna, no hay duda que con sus excelentes ideas sobre el canto y la armonía, hubiera adquirido grande reputacion como compositor de óperas. Hablaba, sin embargo, el italiano con admirable facilidad, y reconocia debérselo todo á un músico italiano llamado Porpora, al que habia conocido en casa de una señora en Meiningendorf. Haydn sirvió en esta

casa por espacio de tres meses, en clase de criado, con el solo objeto de adelantar con las lecciones de Porpora, que estaba enseñando á cantar á aquella señora, y Haydn acompañaba con el clavicordio; durante los intervalos de las lecciones, presentaba sus composiciones á su maestro para que las corrigiese.

Así se formó este compositor, cuyas sublimes notas resuenan en todas las orquestas de Europa, y que continuó sus trabajos con creciente aplauso y gloria durante medio siglo, hasta su muerte, acaecida en 1809. Sus principales obras, además de innumerables sinfonías, son la *Creacion* y las *Estaciones*. J. S. B.

TEATROS.

Aunque ya hace tiempo venimos informando á nuestras amables lectoras de varios acontecimientos teatrales, no por eso puede decirse que haya dado principio el año cómico ordinario. Las funciones de que hemos hablado no son nacidas en la escena española, por mas que en las tablas españolas se hayan representado y estén representándose todavía. El Sr. Rossi con su compañía italiana simboliza una época extraordinaria del año, la cual no forma parte integrante de nuestra peculiar historia.

Veamos, pues, qué hay de nuevo respecto de los coliseos de la corte, y comencemos de este modo la crónica de sus acontecimientos.

Hasta poco tiempo atrás ha reinado tal oscuridad en punto al personal de ciertas compañías y con relacion á actores determinados que no era posible discernir cuál noticia era la verdadera entre las muchas encontradas que corrian.

Por fin se han desvanecido las dudas, y se va sabiendo lo que á cada teatro pertenece.

De la primera ojeada, de la primera impresion se deduce en nuestro sentir un pronóstico, á saber, que exceptuando el TEATRO REAL, monstruo insaciable que devora una inmensa cantidad del público, toca este año al de la ZARZUELA atraer mayor concurrencia y obtener mas aplausos y mas pingües resultados.

Por lo que á la materialidad del edificio se refiere, el público va á encontrar en él notables y elegantes reformas que constituyen una completa restauracion en pro de la comodidad y del decoro del local: puede decirse que será nuevo todo lo que vé y usa la gente dentro del teatro.

Respecto de la significacion de la compañía no es mera lisonja suponer que es muy buena, con relacion al número é importancia de nuestros actores en la actualidad: en ella en primer lugar figuran reunidas dos actrices tan celebradas como lo son doña Matilde Díez y doña Teodora Lamadrid, union que constituye un verdadero acontecimiento artistico, y que hará llevar á aquel recinto á los partidarios y admiradores de ambas. Además cuenta con otras actrices muy estimadas del público en sus respectivos géneros y situaciones, debiendo mentarse en comprobacion á las señoras Alvarez y Zapatero. Por lo que á los hombres concierne, no es menos completo el cuadro que ofrece la compañía. Aparte de los Sres. Catalina (de los cuales el D. Ma-

nuel es director principal) aparecen en la lista otros nombres apreciados, como lo son los de los Sres. Mário, Oltra, Casañer y Pastrana.

De obras nuevas destinadas á este teatro no podemos decir nada á ciencia cierta, excepto el que abrirá sus representaciones con la de un drama del Sr. Hurtado, segun unánimemente han dicho todos los periódicos. Pero sin pecar de aventurados puede asegurarse que será el mas favorecido por los autores, en cuyo resultado no tendrá poca parte la diligencia del director empresario Sr. Catalina, quien en años anteriores ha demostrado que no omite ningun medio legítimo de cuantos están á su alcance para presentar al público nuevas producciones. Justo es hacer al Sr. Catalina la concesion de que todos los escritores buenos, conocidos ó desconocidos, encuentran acogida en las compañías que dirige. Suponemos que continuará llevando á cabo su laudable propósito de los años anteriores.

Ahora bien si el teatro de la ZARZUELA, ya bueno y espacioso, se restaura y mejora; si la compañía es digna de consideracion y respeto; si hay motivo para suponer que en aquella escena se estrenarán muchas obras, ¿qué mucho que hayamos asegurado para él una fortuna lisonjera? Lo inexplicable seria un mal resultado despues de tales precedentes.

Debíamos ahora hablar del coliseo del PRÍNCIPE, pero nos abstenemos de hacerlo por hoy, en atencion á que no tenemos á la vista, como respecto del de la ZARZUELA, la lista oficial de los actores que componen su compañía. Parece ser que en ella figura el eminente actor D. Julian Romea y las distinguidas actrices D.^a Josefa Palma y D.^a Cármen Berrobiano, pero nada podemos asegurar pues no sabemos todavía si serán ciertas semejantes noticias. Mucho tiempo ha estado diciéndose que en este coliseo trabajarían la señora Lamadrid y el Sr. Fernandez; se ha asegurado en los periódicos bajo todos los tonos posibles, y el resultado final ha sido respecto de la primera el ir á la ZARZUELA, y respecto del segundo el aparecer en la lista publicada por la empresa de NOVEDADES. Escarmentados con esta leccion, suspendemos el dar noticias terminantes y el formar nuestro juicio hasta contar con datos precisos para ello. De obras destinadas al PRÍNCIPE nada se dice todavía, al menos que haya llegado á nuestra noticia.

De NOVEDADES poco tenemos que consignar mientras no estemos en el caso de ocuparnos en la crónica de sus funciones, pues tanto acerca de la reforma notable y embellecimiento del teatro, como de los principales elementos de su compañía, tratamos ya, con noticias comprobadas por los hechos, en una ó dos de nuestras anteriores revistas. Aguardemos por lo tanto á los resultados significados por las representaciones.

Ya sabrán las lectoras que el teatro de VARIEDADES ha experimentado una metamorfosis y que en el año actual, comenzado para él antes de anoche 22, ha de llamarse de *Los Bufos madrileños*. Una empresa dirigida por el Sr. Arderius se ha propuesto hacer representar en su escena obras cómico-líricas encaminadas en primer lugar al solaz y esparcimiento del público, para lo cual ha formado una compañía *ad hoc* y ha reclamado el natural auxilio de varios escritores.

El fin es difícil de alcanzar: veremos si se logra por completo, ó si los esfuerzos resultan infructuosos por mas que sean laudables.

La primera obra estrenada en *Los Bufos* ha sido una zarzuelita en dos actos, denominada *El joven Telémaco*, con la cual han comenzado los trabajos artísticos de la compañía. Hoy no nos es posible todavía hablar acerca de su resultado.

Dícese que en el Cinco va á actuar una completa compañía de zarzuela, con toda la extension é importancia que hasta aquí se ha concedido al género lírico-dramático. Nos alegraremos de que así sea, porque sería mengua que desapareciese el género que ha producido *El Dominó azul*, *Jugar con fuego*, y *El Juramento*.

Las noticias españolas nos han impedido tratar hoy del Sr. Rossi y de su compañía italiana. Quede para otro día.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

Explicacion del Figurin, núm. 828.

FIG. 1.^a TRAJE DE SOARÉ.—Falda de muselina blanca, guarnecida en el bajo de tres órdenes de bullones de quince centímetros cada uno.

Túnica de gasa de Chambery, con listas amarillas arrasadas. La falda de esta túnica, cortada al biés, va abierta por los lados, y orillada de bieses de tafetan amarillo; la termina un plegado de tafetan blanco. La abertura está adornada de escarapelas de encaje, con ramas de coral en su centro. El talle es redondo, con cinturón amarillo. El cuerpo, cortado también al biés, está escotado en cuadro por delante y por detrás, y no tiene mangas; las lleva bullonadas de muselina. Dos bridas de cinta de seda amarilla nacen cada una de un lazo colocado en el hombro, caen por detrás anudándose, y sus cabos penden flotantes sobre la túnica.

Peinado á la griega, con rizos sobre la frente.
Peina y diademas de oro incrustadas de corales.
Collar y pendientes de coral.

FIG. 2.^a TRAJE DE CALLE.—Vestido de gró de Lyon azul.

La casaca es corta y sin entallar, aunque ajustada. Su bajo va cortado en ondas y picos; un adorno de cordón de seda negro sigue en dos órdenes los contornos de los picos: las ondas le llevan también, puesto entre los cordones un entredós de guipure blanco, y terminando con un fleco de Yak.

La falda lleva el mismo adorno.

Sombrero *Frascatane* de tul blanco, bullonado, orillado de terciopelo azul y guarnecida de encaje la parte que cae sobre la moña: ramos de rosas enlazadas por un cordón de ramaje le adornan formando rostrillo. Las bridas, de cinta de seda azul, se anudan por detrás debajo del pelo.

Explicacion del Grabado de Modas, núm. 1.

NUM. 1. *Cuerpo cuadrado* con manga larga, para traje de seda, adornado con seda de otro color. Este cuerpo, de profundo escote, conviene sobre todo á las personas delgadas, y le completa una camiseta alta, terminada por escarolado de seda, semejante al que guarnece el escote: la manga lleva en el bajo bieses del color del adorno, que se repiten en la hombrera, cortada en picos, así como las puntas del cinturón de igual color. Falda nesgada, recortada al borde en picos como la hombrera.

NUM. 2. *Túnica peplum*, para traje de sociedad: este modelo, de gran carácter clásico, debe hacerse en cachemir blanco, que es la tela que mejor forma el plegado, y va guarnecido de una greca de entredós de encaje con cinta de color debajo, ó de cinta sembrada de cuentas: tres broches-camafios figuran sujetarla en el pecho y hombros, y una camiseta escotada debajo con manga corta de bullon, la completa de arriba, sujetando su plegado, que es igual por detrás que por delante, un cordón con borlas iguales á las de los extremos de la túnica, que deberán corresponder al color del adorno. Falda de seda del color del adorno, lisa ó con greca, semejante á la de la túnica.

NUM. 3. *Cuerpo cuadrado*, con tirantes, completándose una camiseta adornada de entredós, con manga larga terminada por entredós y encaje. Los tirantes, cinturón, tira atravesada, y otra perpendicular que vá en medio, ocultando el sitio en que cierra el cuerpo, pueden ser de la misma tela del traje, ó de otro color, siempre orillados de puntilla: la tira atravesada, está solo de un lado cosida, y del otro se prende al tirante despues de puesto el cuerpo. Falda lisa, sin plegado ninguno por arriba.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.
IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.